


# LA
# VARA MAGICA

*Por*

*IDA GRAMCKO*

EDITORIAL ORBE

MEXICO

Impreso y hecho en México.
Printed and made in México.
por Editorial ORBE

*A los hermanos Grimm*
*y a Charles Perrault.*

*"Todo esto fuera así si esto no fuera*
*Una dulce mentira de mi sueño*
*Que me hace florecer sin primavera"*



# GENESIS

BAJO tu niño de su luz de infancia
y cruzó, silencioso, mi camino.
—Voy en busca del agua;
tengo sed de cariño.—
Y su voz era un ánfora
tendida al fresco manantial amigo.
Yo, sin tí, le escuchaba,
y al pronunciar tu nombre fué el prodigio:
descendió del ayer la voz de su alma
como una sombra desde un óleo antiguo
y derramó, sutil, su forma vaga
en torno a mí, como un incienso vivo.
En sus manos ví el ala
del marfil y el olivo

—Hermana—
dijo.
—¿No hay en mi frente una señal que san-
[gra?
No temas. . . ¡Soy el niño!
Quiero saber del árbol que dió savia
y no puede engendrar raíz de olvido.
¿Nuevas mieles maduran en su entraña?
¿Soy, en su corazón, pájaro y nido?—
Tan sólo de tí hablaba
pero su acento lo encontraba mío.
—Aguarda—
dije y volqué mi voz por el recinto.
—Del árbol de tu fruto soy la rama.—
—Háblame, entonces, de su aroma tibio.—
¿Pude negar la fábula
de cielo y tierra al hijo
y olvidar la nostalgia
por su paso, su aliento y su latido,
o desechar que le amas
con un amor que siempre va contigo?
Aguijón, mi palabra
hirió la pulpa virgen del vacío
y, súbito, en la estancia
brilló un sol melancólico y divino.



—¿Quieres abrir la página—
primera de mi libro?—
Y mientras una lágrima
daba a sus ojos el fulgor extinto,
resplandeció la pátina
polvorienta de un siglo:
—Había una vez un rèy, un duende, una
[hada,
una sirena, un silfo. . .

# LA BELLA DURMIENTE DEL BOSQUE.

DESCONOCES
el milagro de la Bella Durmiente?
Mira tu corazón, íntimo bosque
donde ella está dormida.—¿Para siempre?—
Hasta que una manzana, un beso, un nom-
[bre
la despierten.
—¡Ah, párpado sin luz, puerta cerrada!
¿Dónde quedan tus goznes?
¿En la boca, en el alma
de la que duerme? ¿Dónde
llamaré para que abras
al niño peregrino de la noche?
¿Es tu llave una lágrima
glacial, es una risa joven?
¿Es de plata
o de bronce?

Los cánticos silvestres,
las liras, los acordes
de la lluvia en el césped,
los mármoles insomnes,
los lirios, los cipreses,
responden:
Llave es la propia vida.
—Déjame ver la cerradura entonces
para hallar la pupila
que se esconde.—
La corola visual da, por sí misma,
pistilo recto y luminoso brote,
y sólo será flor cuando el enigma
o la verdad, agobien.
Sólo despertará con la caricia
de la duda, el tormento, los reproches.
—Dime, celeste amiga
de la Bella, ¿qué voces,
cuáles cantos inspiran
el despertar del ágata en el cofre?.—
Yo conozco las nubes
y las fuentes,
las tórtolas impúberes,
las sierpes
verdosas, y las ubres



rosadas, y los peces
cuyos velos azules,
rojos, morados, verdes
se agitan en los túneles
acuáticos e inertes;
el luminoso cuerno de los faunos,
las alas incoloras de los duendes,
las carrozas, los cascos
de los raudos corceles
desde que el sol advino por sus párpados
desangrando la aurora por sus sienes.
Cuando, otra vez, rendida por el sueño,
cayó en el denso bosque,
me estremecí de llanto y de silencio,
de ternura y de goce.
¡Vuelve! pedí en mi angustia
y en el monte.
¡Vuelve, belleza pura,
que duermes en el cáliz de lo enorme!
Y la ví ciega, muda,
entre cojines, lámparas y flores.
Nunca
se apagará su luz en mi horizonte.
Riego el rosal de sangre que perfuma
mi soledad y aguardo que retorne.

# CAPERUCITA ROJA

CORAZON,
caperuza encendida,
te pregunta mi voz,
te pregunto yo misma,
y junto a mí, en la noche sin amor,
te pregunta también la voz querida:
—Corazón,
caperuza encendida,
reloj
de la hora infinita,
¿hay eclipse de sol
en los cabellos de la niña
donde brillaba la celeste flor
y la encarnada cinta?—

Y yo,
ebria de sed, apuro cada sílaba.
—Las puertas del ayer están abiertas
como las páginas de un libro.
Láminas y leyendas
emergen del olvido.—
Y mi mano convulsa
tiende a cerrar la página maldita.
—Corazón, caperuza
secreta y encendida,
¿no recuerdas la lluvia,
el bosque en flor, la viña?
¿Un racimo de angustia
maduró tu vendimia?—
Respondo a la pregunta
como mi propio corazón que oscila:
lágrima sin azúcar
y gajo sin almíbar;
un vino de lujuria,
un néctar de lascivia,
uva
en agraz, de instinto.
Soy cadáver en pie, ya nunca, nunca
habrá rosas de amor en mis mejillas;
sobre mi frente mustia



las varas de los nardos agonizan.
Mi cuerpo es una tumba
donde entierro con vida las caricias,
una tumba mortal sin la ternura
de dos brazos en cruz sobre su ruinas.
Nadie tuvo la culpa. . .
Quizá el odio, la farsa, la mentira. . .
¡Iba tan sola aquella tarde rubia
de sol sobre la espiga!
Despertaban la oruga
y el gusano,
la larva
y la semilla.
El campo
era una inmensa y cálida
sonrisa.
Desde una piedra informe me llamaron. .
—¿Quién te pidió la fruta,
el pan y el vino?
¿Quién te llamó en la sombra, Caperuza,
corazón encendido?—
La locura
desde un profundo abismo.
—¿Y después? —¡Ah, después me ví des-
[nuda!

Toda mi carne joven como un lirio
giraba entre las fauces de la ruda
bestia de la crueldad y el egoísmo.
Loto en el agua turbia.
Diamante azul en sótano sombrío.
Nadie escuchó mi súplica
y mi grito.
¡Lobo de astucia
y vicio!
—Corazón, caperuza
secreta y encendida,
¿por qué vuelves los ojos a la bruma?
por qué inclinas la frente hacia el gra-
[nizo?—
¿Dónde quedó mi cesto, la azucena,
la amapola, el jacinto?
¿Yacen, ajadas, en la tierra
como símbolo
de tu ausencia,
de mi destino?
—Corazón, caperuza
secreta y encendida,
¿dejas la historia trunca?—
Que lo demás lo cuente la ventisca
cuando su mano húmeda



te recuerde la mía
al caer en la tuya;
el manzano fecundo que tú amabas:
la poma abierta al cielo y a la brisa,
el bosque, y el retoño, y la montaña
sosteniendo la estrella vespertina
o gris de la mañana
y nuestra noche y día.
Todo,
mensajero de amor, irá a la cita,
y besará tus ojos
en mi nombre, y tus sienes de amatista.
Menos mi corazón sangriento y solo,
caperuza encendida,
porque eso, lo demás, es lo más hondo
de mi vida.
Campana del sollozo.
Lámpara de vigilia.

# BLANCA-NIEVE

SE mira en el espejo de la muerte
lívido el rostro en el espejo lívido;
cuaja en su mano trémula la fiebre
violeta fantasmal, rama de mirto.
Se mira en el espejo
como una planta acuática en su linfa.
Su lamento
atraviesa la inmensa galería
del castillo siniestro
hendiendo las murallas con su arista:
—¿Tiene voz de cristal
y yo de vidrio?
¿Tiene la frente virginal
del lirio?

¿Hay en sus dedos mazapán
y armiño?
¿Su nuca de marfil es una estrella
que ilumina
la nunca hollada senda
de su carne que aguarda la caricia?
¿Tiene cuerpo de abeja
y yo de víbora?
¿Liba en su corazón miel de colmena
y yo la pócima de acíbar?
¿Es ella, en fin, la nieve blanca y tersa
y yo la horrible pátina sombría?—
El rostro como un cirio de alba cera
se enciende en llamarada mortecina.
—¡Sí! Yo soy la tiniebla
del mundo, el egoísmo,
el odio, la miseria,
el hambre y el ayuno y el olvido.—
La capa de la bruja ondula al viento
como un velero sin orilla.
—Soy el espectro
informe del abismo.
La cínica madrastra del ensueño
que despierta en la virgen.
¿Tiene ojos de paloma y yo de cuervo



labios de ruiseñor y yo de buitre?
Derramo, sobre su alma, en soplo lento,
el agua de mi signo.
¡Que se pierda en la noche sin remedio
por el confuso laberinto!—
La mano se alza, rígida, hacia el cielo
y desciende de nuevo al precipicio.
—¡La aborrezco
y maldigo—
Voy, por el bosque, huérfana, cantando
quejas sin eco, trovas sin asilo.
¿Para quién abren mis almendros blancos
por quién despiertan mis pomares níveos?
Sorprendo pabellones solitarios,
rosales de oro y sangre entre las ruinas,
pasto blando de cráneos
donde florecen amapolas vivas.
Ya no soy de este mundo, y sin embargo
me persigue su sombra fugitiva.
Atónito, el fantasma del pasado
quiere llamarme con su mano antigua.
Me sigue paso a paso
con la esperanza de volverme un día
—¿Oyes su voz?— La escucho y la amo tanto
que temo retornar hacia la vida.

—Volverás aunque el fango
te maldiga.—
Si abandoné la tierra
¿por qué entonces la tierra va conmigo?
Su amenaza me cerca
como un negro cilicio:
—Vibra en el aire el ala de un pañuelo
que también es mejilla
con una lágrima en el centro
fija.
Una mano de felpa morena
hunde en el viento la nerviosa quilla
del adiós, y se aleja
después, a la deriva.—
¿Una mano?
—Marchita.—
Ya no soy de este mundo y sigo amando
una mano de pulpa amarilla,
un fruto suspendido en el espacio
que el dolor mueve con su brisa.
¿Por qué no estarán cerca
esas manos errantes de las mías
que hoy dan al sol su escuálida azucena?
¡Diez pétalos sedientos de caricia!
¿Por qué las cosas han de herir la arteria



más íntima?
Mi sangre mana por abierta
herida.
Y aún me persigue, sin cesar, la queja
que me interroga, sádica y mendiga:
—¿Por qué, por qué te alejas?—
Me libero del mundo que aún oprime
mi talle con su guante de amargura,
el mundo que persigue
como ave negra el ave de mi fuga.
—¿Por qué emprendes el vuelo?—
insiste la malévola pregunta.
La vida es el incendio.
Yo soy la nieve pura.
Ni aquel que debió ser amable pausa
en mitad del sonido,
aquel cuyo recuerdo es una llaga
sin alivio
y cuya falta
un cántaro vacío,
pudo cruzar la estancia
ni violar el recinto.
—Una huella de escarcha
va dejando tu paso en el camino.
Tu lágrima

siembra hielo en el surco y en el limo.—
Es que temo volver porque ambiciono
mirarme una vez más en sus pupilas.
¿Hay espejo más dulce que sus ojos?
¿Hay aguas más serenas y más limpias?
Le abandoné, lo saben las gaviotas,
para elevar mi pan, mi eucaristía.
—¿Y no alzaba dos sienes cual dos hostias
el cáliz de su frente pensativa?—
Las lágrimas afloran
surcando mis mejillas.
¿He de volver? Las frondas
se pueblan con mil voces inauditas.
—¡Vuelve al ayer! ¡Retorna!—
claman hombres, enanos, que me invitan
a desandar una lejana historia,
a revivir una leyenda extinta.
Aprisiona mi luz como un sudario
y no se dónde derramar la vista
subiendo la mortaja de mi párpado,
resucitando al mundo la pupila.
¡Si yo encontrase frente a mí una fruta
loca de miel para aliviar mi acíbar!
Súbita
en el aire, lasciva,



la manzana de Adán gira convulsa
y a mi labio sediento se aproxima
brindando, fresca y lúbrica,
el bien, el mal, lo cierto, la mentira.
¡Oh, nieve ideal! ¡Ah, sombra humana y
[turbia
que desgarran mis labios sin malicia
abriendo en la bermeja y blanda pulpa
una profunda y dolorosa herida!
¿Es veneno mortal, néctar, cicuta?
¡Es un vino infernal! ¿De qué vendimia?
Ya me desplomo muerta,
ya en derredor de mí las voces nimias
de los hombres, enanos, interpelan,
gimen, sollozan, gritan:
—¿Este cisne sin vuelo es su cabeza?—
¡Sí! Preparadme un tálamo de espigas
y una almohada de yerba
para dormir tranquila,
hasta que un beso suyo para siempre
quiera volverme el canto y la sonrisa.
—¿La nieve blanca?— ¡No! La tierra verde,
el sueño, el sol, la sangre y la semilla.

# LA CENICIENTA

HABLA la muerte en derredor; escucho
su voz en la agonía
de nuestros pechos juntos
de nuestras manos fuertemente unidas
en nudo
cuya cinta
dilata un solo rumbo
para cruzar la vía
indecisa del mundo,
para marcarnos una huella viva.
Habla la muerte en derredor, la escucho,
la escuchas, de rodillas:
—Desciendo, en espiral, del viejo folio,
del olvidado, añejo pergamino,
en la estela de polvo
y el rastro de humo antiguo.

Resbalo del barroco
portal de terciopelo de algún libro,
de las hojas con pátina de otoño,
del marfil silencioso del papiro.
Soy un aliento vago y melancólico,
un hálito marchito.
Perduro en el marmóreo
regazo de la ruina,
en los senos dormidos del escombro
de una pálida estatua pensativa.
Conozco
el misterio del pámpano y el limo,
de la nube al quebrarse en un sollozo
fluvial cuando la hiere el rayo lívido,
y resido, a su vez, en el retorno
de la vida mortal a la otra vida,
la del perfume, el árbol, el arroyo
y el pájaro en la brisa.—
Sintiendo su aletear, sobre mis hombros
crece un ala de sangre sin mancilla.
—Yo soy el gesto del adiós y el soplo
del corazón sin compañía.—
Oyéndola, mi rostro
se enciende como lámpara votiva.



—El húmedo pañuelo en abandono,
la carta que consume una bujía,
el turbio espejo, náufrago en el moho,
y en el que apenas brillan
altos y negros unos ojos
que se miran
los unos a los otros.—
¿Acaso tiemblan mis pupilas?
No. También mi verdad bajará al fondo
de tu sótano, muerte, de tus minas.
Rescatará el diamante en negro foso
y ha de elevarlo al cielo, estrella tibia,
señal para que dé a su nombre propio
y a su fecha mortal, la despedida,
y renazca en el todo
eterno, sin aurora y mediodía.
Por eso te contiene en pena y gozo
mi cuerpo, leve cántaro de arcilla;
por eso eres estatua de mi asombro
y no de mi pavor, ¡ah, muerte viva
que no estás fuera sino aquí, en el hondo
ser de los hombres donde la mentira,
el desprecio y el odio
te cubren, te amortajan, te vigilan,

como si fueses a morir de pronto,
muerte, porque te olvidan!
Igual que si olvidase yo mi torso
y mi cuello y mi espina
dorsal que es una mano sin reposo
tanteando la muralla sensitiva
de nervio, sangre y poro,
para dar a la luz su huesa limpia.
¿Qué mensaje fatal, qué denso prólogo
anteceden tu alada poesía?
—Antes se toma sorbo a sorbo
la arteria de la viña,
antes hay que dejar como un despojo
carnal, la zapatilla.
El pie, desnudo y solo,
ha de subir a la colina,
sin rosa ni abalorio
ni cinta;
el pie descalzo como vino al cosmos
en su lejana danza primitiva.—
En mi pie resplandece el chapín de oro.
—Lumbre fugaz, fortuita
que en breve instante cobro
para insinuar mi luz definitiva.—
¿Cómo, cómo te nombro?



—Cenicienta,
ceniza,
tu propia carne, tu futura ausencia,
¡tú misma!—
¡Pero yo soy hoguera,
llama, pira!
Un volcán que se eleva
hacia su propia ráfaga encendida.
Estalla el corazón, incendia, quema
como un carbunclo de alegría.
Soy la hora, la sed,
y la edad sin arrugas en la cifra.
—Muerte es edad también,
la edad pura, divina
del nardo y el clavel,
la amapola y la espiga.
Una edad sin mañana y sin ayer,
más allá de las noches y los días,
perfectamente fiel,
eternamente niña,
que se cumple después
del sueño y la vigilia,
cuando una rama de laurel
nos corone la frente mortecina
y la sien

amarilla
y los cabellos, red
ya sin agua, sin peces, sin orilla.—
Calla la voz; mi corazón absorto
ve un anillo dorado que extasía:
en lo alto de la hoguera un disco rojo
¡gira!
Me cubre el cuerpo un resplandor redondo.
¿No es el hada madrina?
El lagarto y el sapo bajo su ósculo
son lacayo y carroza diamantina.
Hora primera de silencio y plata.
Hora segunda de cristal y euritmia.
En el tercer peldaño de la gracia
pierdo la zapatilla.
La Cenicienta por mi carne asciende
dolorosa, descalza.
¿Qué ráfagas de fiebre
llevaron su sandalia?
Dormitaba la muerte
en el lecho de mi alma
un sueño exangue, estéril
que ahora toca su pausa.
Glacial almendro en derredor florece
brindándome la sombra y la fragancia.



Pero mi tardo corazón se yergue
sobre el fin, como puño ensangrentado
por silencioso manantial rebelde,
y desde la corteza de mi cráneo,
fruto mortal, la mente,
pulpa también de entrega y de contacto,
no concibe, no entiende
un retorno sin tiempo y sin espacio,
porque la vida siempre
es ser algo:
ser la rosa o la fuente,
ser la casa o el árbol.
Desde el uno que somos, ¿se presiente
el cero anónimo que aguarda
como un oscuro huésped
sin estancia?
Asciendo hacia la nieve
de la invernal montaña.
No me hieren la sierpe
ni la zarza.
Sobre el césped
mi pie desnudo danza.

# LAS DOS HERMANAS

ESTA un llanto conmigo
como el llanto primero
que sacudió mi lagrimal vacío
en la infancia del cántico y el cuento.
¡Oh fuente espiritual, nube, bautismo
de lágrimas sin cauce de pañuelo!
Nadie me hurta su luz porque es un hijo
que le ha nacido a mi universo.
Diáfano como un niño
de cristal, como un peplo
de lluvia, como el himno
de un ángel desolado en el destierro.
Lloro tendida en el umbral antiguo
de las puertas cerradas del recuerdo.

Remotas elegías
me llaman desde dentro.
Mi espíritu se inclina
hacia el ayer como hacia un nuevo encuen-
[tro.
Desde el pasado una mujer envía
su saludo de pájaro en el viento.
¿Una mujer? Yo misma.
La vieja voz, el recatado gesto.
Soy yo, doncella, ninfa,
arco de adolescencia bajo el cielo.
Soy y no soy porque ella es una isla
inviolable a mi tacto y a mi acento.
Desde el presente el corazón la mira
como a una hermana virginal, y ciego
el corazón la funde en sus pupilas
y la quiere palpar. . . ¡Pero tan lejos
estás, oh dulce, oh inefable amiga,
que yo soy la mujer y tú el espectro!
Lloro sobre tu olvido, hermana mía,
y en mis sollozos brilla tu reflejo
como en el agua limpia
de un surtidor sediento.
Te acercas a la orilla,
te inclinas a mirarte. Es mi cabello



el que besa tus hombros, mi sonrisa
la que cruza tu rostro como un céfiro.
En tus manos las flores resucitan
mi juventud con sus recientes pétalos
Pero el agua que miras es distinta
al agua de mi llanto; es un espejo
de cornucopia azul y faz tranquila.
La recuerdo:
Anforas descendían
en hombros, al sendero.
El cántaro, la copa y la vasija
eran el campanario de aquel templo
de piedra blanca y lisa
en que el agua se alzaba como incienso.
En derredor crecían las espigas
rituales y los nardos envangélicos.
Abajo el agua era la luz, y arriba
las bocas eran medianoche y fuego.
La sed abría un cráter en la cima
de cada rostro desolado y yermo.
Las lenguas, como víboras,
mordían los brocales con su beso.
Del rostro de una anciana, como briznas
secas al sol, caían los cabellos;
del rostro de una niña

emanaba un perfil de lirio inquieto.
Entre todos, mi rostro era una herida
fresca del corazón recién abierto.
Pero el agua vió el surco en mis mejillas
y el cáliz suspendido entre mis dedos
y descendió por la espiral de guijas,
lavó mi rostro y desbordó mi cuenco.
En el húmedo espacio, una mendiga
movió su bulto frágil y harapiento.
Como el buche de un pájaro su lívida
mano cayó en mi cántaro risueño.
Le brindé el agua y la sorbió, encendida
la boca por un hálito bermejo.
Cuando alzó la cabeza de la jícara
escuché su lamento:
—Soy la verdad sedienta; si aproximan
el agua a mi contacto me estremezco
y gozo el alba líquida
apenas un momento.
He besado tu cántaro de arcilla
y por su agua sin llanto te concedo
que mientras me recuerdes y me sigas
viviré en tu palabra y en tu aliento.—
Y mi palabra, como rosa o cinta,
o diamante o estrella,



poseyó la verdad desde aquel día
hasta la noche en que perdió su senda.
Otra vez en la fuente la mendiga...
(El sol agonizaba y una higuera
marcaba el luto de la tarde extinta
y abría la viudez de la tiniebla.)
Otra vez en la fuente cuya tinta
se volcaba, nocturna, entre las piedras,
dejó caer la palma mortecina
sobre mi copa llena.
No me volví. Caían
de mi boca febril, manzanas, perlas,
ciruelas, amatistas...
Descendían al cántaro las gemas.
¡Ah, la palabra, mármol de avaricia!
¡Columna esclava de su blanca vértebra!
La mano se agitaba con la tibia
proximidad del sueño que se acerca.
No le ofrecí mi copa y su caricia
buscó el harapo humilde de la tierra.
Su magra desnudez hirió mi vista...
Y la verdad huyó de mi presencia.
Crucé, para alcanzarla, las colinas
nubladas y los cerros.
La llamé sollozando y de las sílabas

errantes de mi voz voló un insecto
de antenas espectrales y amarillas
que se posó en un álamo siniestro.
Volví a llamar, y una serpiente ambigua
se arrastró en mi palabra, y en el eco
silbó un reptil su música maldita;
y al cántaro vacío descendieron
moluscos, salamandras, lagartijas...
Y repetí mi súplica y mi rezo.
Cada palabra fué una larva impía
que descendió la escala de mi cuerpo
y horadó la honda cripta
de mi hueso.
Recorrí los abismos y las cimas...
Hallé la fuente muda y sin luceros.
¡Sólo callaba para mí! Vertía
su oculta voz al corazón sediento.
Y comprendí. La fuente de la dicha
canta en verano y en invierno
y oyen su melodía
los que oyen el silencio.
Callo, en última prueba, para oírla.
En caracol humano me convierto
para que sólo llene mi vigilia
el agua, su rumor, su movimiento.



Tiendo los mudos brazos a la lira
del surtidor suspenso.
Pero un ¡ay! crucifica
las alas de mis brazos en su vuelo.
Toda la sed del universo agita
su campanada entre mis labios secos.
¿Cómo reconocerte, agua bendita,
dicha y verdad, en tanto desconcierto?
¿Cómo gozar tu linfa
en el estruendo?
Abandono tu orilla
buscando alivio y agua en el espejo
del llanto en que se irisan
la vieja voz, el recatado gesto...
Como una viña esparce la reliquia
aroma de guirnalda y vino añejo.
¡Ah remanso de ayer, hermana mía,
acércame la copa del recuerdo!
Huyen de mí los pájaros, la brisa
huye, hiriendo las hojas, en el huerto.
La sed sangra en mis sienes con su espina,
y ha caído mi cántaro deshecho.

# BARBA-AZUL

¿POR qué ha querido el mundo
tejer en tu cabeza su guirnalda?
¿Por qué ha crecido el musgo
húmedo y pastoril en tu garganta?
De tu perfil abrupto
que levanta su rígida montaña
se desprenden arbustos.
¿Qué ventisca glacial mueve sus ramas?
Felpas de trigo y juncos
bordean tus pestañas
y hasta una flor enciende su capullo
sobre tu boca sin palabras.
¿Quién cultiva tus pétalos, tus frutos;

quién riega los jardines de tus barbas?
¿Quién atiza los leños de este humo
que asciende de tus órbitas en llamas
lo mismo que en los bosques al crepúsculo
del cielo vegetal de las cabañas?
Veo peces maléficos ocultos
en tus lianas,
veo pájaros mudos
a quienes desgarraste canto y alas;
veo tumbas abiertas y sepulcros
en los que danzan víboras y arañas;
veo estrellas heridas y sin rumbo
que se apagan;
veo cráneos y rostros moribundos;
oigo una voz gritando entre mordazas...
Detrás de los vergeles de tus muros
¿quién invoca mi auxilio, quién me llama?
En el lago profundo
que ondula más allá de la maraña
en que tu propio rostro está sepulto,
¿qué veleros sin mástiles naufragan?
¿Qué horrible ser convulso
clama detrás de tu espantosa zarza?
¡Oh, barba inmensa que has cubierto al
[mundo



como a una bestia exhausta
con cabellos de azufre y crin de luto;
oh, barba azul que hielas como escarcha!
¿Quién detiene tu puño
encrespado y viril en la borrasca?
Voy hacia tí, desnuda;
mis manos, sin espada.
Dejo que mi alma suba
la cuesta de tus pómulos, y el alba
sube conmigo como blanca túnica,
¿como blanca mortaja?
Sólo su sombra pálida me alumbra.
Sólo su luz naciente me acompaña.
En tu rostro amarillo crecen bulbos
de largas hojas glaucas;
sobre tu frente hay un penacho agudo
que abre sus tensas plumas como garras.
Hay espinas que emergen de los surcos
de tus verdes mejillas erizadas.
Y más abajo, en vendaval hirsuto,
en arranque de líquenes y de algas,
cae tu barba en líquido murmullo.
Yo quiero detener sus densas aguas,
y lenta y blanda me hundo

a través de tu boca subterránea.
Me cercan huesos, ruinas. . .
¿Cuántas bajaron como yo tu escala;
a cuántas diste las doradas briznas
que te envuelven la piel como una máscara?
No les hablaste de la inmensa cripta
que se alza en tu garganta;
les hablaste del canto y la caricia.
Háblame ahora, pulsa mi alma y canta.
Háblame de tu inmensa galería;
¿dónde comienza su espiral y acaba?
No miro alcobas, atrios ni avenidas;
en torno sólo miro puertas blancas.
Mira mis manos trémulas, tendidas.
Dame las llaves diáfanas de plata.
Dame la llave antigua
que arde en tu mano informe como un as-
[cua,
la llave de oro virginal que brilla
como una herida y sangra.
Miro en su trébol de metal que oscila
una señal indómita, una mancha. . ..
¡Cuántas manos grabaron con la tinta
de sus venas, la huella milenaria!



¡Cuántas sombras entraron de puntillas
a la alcoba macabra!
¡Cuántos cuellos doblaron sus espigas
después, bajo tu grito y tu guadaña!
Mi cuello se alza sin temor, vigila,
ya sigue tu mirada o se levanta
cuando el sueño recoge tus pupilas.
¡Duerme sobre la alfombra de tus barbas!
¡Oh, puerta blanca, fija
frente a mi corazón, como una estatua!
¿Quién podrá derrumbarte pensativa
sien abismal erguida frente a mi alma?
Mi mano con la llave avanza, limpia.
Deja, párpado, puerta, que te abra.
Tiemblas al roce de mi piel, rechinas
desde tus goznes. . . ¡Calla,
ábrete en flor al aire y a la vida!
¿Digo a la vida? En la entreabierta estancia
hay pesados muñones que se afincan
sobre la tierra y fauces que socavan
el polvo con sus lenguas mortecinas.
¿Digo a la vida? Y una inmensa llaga
eleva un surtidor de sangre viva,
de viva sangre humana,

en mitad de la alcoba, y salta y signa
la llave de oro entre mis manos blancas.
Una sombra gigante se aproxima
como un ángel diabólico a mi espalda.
¡Oh Barba Azul, oh barba que te inclinas
flameando sobre mí como una espada,
oh Barba Azul, enróscame cautiva!
¿Qué importa ya si cortarán tus barbas?
Descienden por tus fosos, por tus simas
procesiones de estrellas y de lágrimas;
atraviesan la torre, se divisan
a través de la sierpe en que me engarzas.
Ya están aquí las luces; te iluminan,
te ciegan, te atraviesan, te desgarran...
Rayos de sol como ávidas cuchillas
cercenan tu garganta.
Toda tu barba fantasmal se agita
y se desploma y riega ante mis plantas.
Sombra feudal caída
¡dispérsate y dilúyete en la nada!
Los cuellos que sangraban, resucitan.
Tu enorme cuello de molusco, sangra.
Repítanlo los frenos y los cepos,
el cerrojo y la cruz;



lo repito y mi voz derrama el viento
en el norte, en el sur,
en la tierra, en el cielo:
¡ha muerto Barba Azul!
Haced con el madero polvoriento
de la puerta prohibida, su ataúd.
Dejad la llave de oro entre mis dedos.
Rasgad sus barbas leves como un tul
y agitadlas al sol como un pañuelo,
como el ala de un tétrico avestruz.
Unid a mí la voz y el instrumento.
Preparad las canciones y el laúd.
Y comenzad: la llave
que tiembla entre mis dedos puede abrir
las puertas del espíritu y la carne
como las verjas de un jardín.
Ya no hay nada ni nadie
que no sea una ofrenda para mí.
Todo parece un suspendido cáliz
de nardo o de jazmín.
Todo es un labio tímido y fragante
próximo a divagar y a sonreír.
Caen murallas, sótanos y cárceles;
livianos esqueletos de aserrín
que creímos de hierro, se deshacen;

fantasmas que tendían su tapiz
nocturno en nuestro lecho, van errantes.
¡Oh crespones sonámbulos de hollín
que orlaban nuestra almohada y negro
[sauce
de nuestra cabellera; inmensa crin
que cubrías el mundo, todo yace,
todo lo que fué tuyo, sombra ruin:
vacío, soledad, desierto y hambre,
tendido ya bajo la tierra gris.
Vuelven ríos perdidos a su cauce.
Tierra convaleciente, ¡sé feliz!
Amarillentos árboles
tiemblan desde la fronda a la raíz.
Pájaros prisioneros en el aire
vuelan hacia los ámbitos sin fin.
Como el peso de un ave sobre el hombro
me invade el peso de la juventud;
¡oh peso tibio y dulce en que me apoyo!
¿Quién puede protegerme como tú?
No despliegues tus alas; no hay otoño.
¡Todo mi cuerpo es alborada y luz!
No hay límites, edades ni retornos.
¡Ha muerto Barba Azul!
Yacen en tierra lívidos cerrojos,



cadenas de marfil,
eslabones inmóviles y escombros
con señales fugaces de rubí.
Hoy se detienen lágrimas, sollozos,
hontanar que mantuve y conocí.
Abro las puertas en silencio y oigo
voces de amor cantando el porvenir.

# PIEL DE ASNO

PIEL que me cubres, lánguida pelliza,
túnica dolorosa que resbalas
sobre mi corazón, sobre la orilla
de mi ser, como indómita cascada;
melancólica felpa, crin ceñida;
gusano hilando su madeja glauca;
ala de insecto zumbador que agita
la rosa de mis hombros y mi espalda;
escama de oro secular que gira
en mis ojos sin luz como en el agua;
yerba carnal cautiva;
pájaro, pez y larva;
corpórea vestimenta que acaricia
como una oveja blanca;

piel de asno, piel mía,
que eres ya sólo una envoltura pálida,
¿qué fué de nuestra huída
y de mis alas?
Aquí, inmóvil estás, oveja mía;
lejos de tí, rebaños se dilatan,
lejos canta la voz de las esquilas,
y tú, sin libertad, sacrificada.
Lejos de tí los campos, las espigas;
contigo sólo mi alma.
Voces perdidas en el sol, antigua
emanación de ríos y montañas
aún despeinan tus lianas mortecinas,
y si en el alba un caramillo canta
llamando a las manadas que dormitan,
sientes, oveja mía, que te llama.
Quieres huir, alzarte, desprendida
de mí como una venda que sellara
con su velo de miel mi oculta herida.
Quieres correr, danzando en la hojarasca.
Si estuviera en mi mano, dejaría
que tu belfo buceara entre las zarzas,
que cruzaras los montes donde triscan
apacibles pezuñas sonrosadas.
Pero algo te retiene y te cobija



dentro de mí: la frente, la garganta,
la pelusa frutal de mis mejillas.
Algo que me trasciende y que me encarna.
¿Cómo romper las hebras que te ligan
a la oscura madeja de mi entraña?
Oveja, sierpe, mariposa, ardilla,
Platero relinchando su nostalgia,
pastando en mis cabellos y en las briznas
húmedas y sin sol de mis pestañas;
piel de asno, piel mía
que eres ya sólo una pared de escarcha,
recuerda tu pradera y tu sonrisa,
la cabriola salvaje de mi infancia,
la adolescente languidez, la viva
contorsión juvenil que ya no danza;
recuerda y ahora mírate marchita,
¿qué luces restan a tu crin de plata?
Eres sólo una sombra que me aísla
de la estrella que indago en la borrasca.
Eres sólo una sombra, y encendías
mi faz como a una lámpara.
Cuando una red maldita
quiso rodear mi estancia,
cuando una fruta seca y amarilla,
sin raíz y sin savia,

pensó cruzar mi sangre, y una cifra
soñó medir la eternidad de mi alma,
pedí tu protección, y blanda y tibia
caíste, como un hábito, en mi espalda.
Encarné, como un ánfora, en tu arcilla.
Eras el libre despertar que ansiaba.
Eras la desnudez y la vigilia.
Dejé sobre mi lecho las alhajas
ya sin luz y las cintas;
la luna, el sol, el tiempo en mis almohadas.
Huí contigo de las sordas ruinas;
abandoné las torres que se alzaban
hacia las nubes y avancé tranquila
bajo tu manto gris a otras comarcas.
Y ví flores salvajes que se abrían
en cuevas y cabañas,
ví mástiles de viñas
lanzando como vela desplegada
su pámpano a la brisa,
ví flotas de racimos y guirnaldas.
Ví el mar que levantaba la ventisca
en los pesebres y las olas mansas
de un pajar que fluía en una líquida
y lenta resonancia.
Ví la tierra, su siembra, su vendimia.



Detrás quedaron lívidas estatuas.
Sobre la tierra alzábase la vida,
su rumor, su contacto, su fragancia.
Rostros y frutos, manos y semillas,
ahora, ¿quién os palpa?
¿Dónde moran las hadas y las ninfas
que al herrero llamaban con el alba?
¿Y dónde está el herrero que fundía
la estrella de sus sienes en la fragua?
¡Vivienda de porqueros, campesinas
ventanas y verjel de las posadas!
¿Quién derrumbó vuestras paredes limpias;
quién el refugio de la inmensa parra?
Mi máscara cobriza
miré una vez, atónita, en el agua,
y el agua se clavó como una arista,
privándome la voz, en mi garganta.
¿Por qué soñé una vez mi carne prístina?
¿Por qué la miré entonces ruda y parda?
¿Por tí, profundo corazón; sería
porque contigo a flor de piel amaba?
¿Por qué dejó mi carne aquella hendija
abierta sobre el alma?
Por ella entraron luces nunca vistas,
las luces que hoy se apagan,

las que ahora son ceniza.
Por ella entró una misteriosa llama
e iluminó mi desnudez tendida.
¿No era mi corazón una manzana?
Era la roca en lo alto de una cima;
era el haz, aún cerrado, de mis lágrimas.
Todavía soñé, mas otra vida
entreví en derredor, divina y áurea.
La tierra que fué alígera, dolía
con un peso de siglos, en mis plantas.
Y alcé el vuelo, soñando. . . La neblina
ya era fría y azul, ya densa y cálida.
Súplicas y sollozos. . . Agonía.
Estertores y gritos. Esperanza.
Confitura lasciva
fué mi dulzor, mis hojas esmeralda.
Volví a soñar con una torre erguida
envuelta en brumas de tela de araña.
Volví a la red, volví a las sordas ruinas,
al regazo, ¿nupcial?, de mis almohadas.
Volví a la fruta seca y amarilla,
al sol, al tiempo y a una luna extraña.
¿Adónde fuiste, vida?
Vagaba el corazón como un fantasma.
vagaba el corazón y mis pupilas



cedieron azotadas por la ráfaga.
Se desplomó la frágil maravilla
y penetré en mi alma.
Estaba yerta, inmóvil y vacía.
La tomé entre mis manos; no era blanca.
Era una esponja lívida
y amarga.
Mas pese a mi dolor la piel curtida
no cayó de mis mórbidas espaldas.
Persistió, fuéme fiel, sobre mi herida
tendió su crin grisácea.
Todavía
cuando escucha un cencerro, se levanta,
levemente rizada, hacia la vida.
Pero algo en mí detiene su esperanza,
algo como una espina,
como un ancla.
Piel de asno, piel mía,
¡huye de quien te apresa, de mis garras!
¡Inmólame, derriba
la rueca de mi entraña!
¡Rompe la última brida
que a su madeja desgarrada te ata!
Sólo así encontrarás la voz antigua
y yo la estrella pura en la borrasca.

Que cuando yo esté muerta y desprendida
estés de mí, y la tierra que te llama
te devuelva a la luz de las espigas
y al vaho vegetal de las montañas,
serás el negro mástil de una viña
o la ola de un pajar, dorada y mansa,
o aquella fragua azul, o aquella limpia
vivienda con vergel, o aquella parra...
Para entonces recuerda cuando huía
bajo tu manto gris, a otras comarcas.
Recuérdame. Tan sólo estaré viva
contigo, en tu añoranza.



# LA VENDEDORA DE CERILLAS

DESCIENDO por los montes, errante y
[solitaria.
Sólo arden las antorchas glaciales del in-
[vierno,
y acaso, en las tinieblas, alguna luz humana
que vierte una vivienda remota en un
[sendero.
Pero el sendero se hunde, se pierde con la
[ráfaga,
y la luz que vivía la consume el desierto.
El viento gime, aúlla, se enarbola, levanta
polvaredas azules y heladas como espectros
entre las que me agito, débil, como un
[fantasma.

¡Yo que era firme y viva, hoy deambulo en
[el viento!
En una red profunda de silencio y de
[escarcha
he caído y me arrastro, febril, como un in-
[secto
a quien le cercenaran el color y las alas
con la enorme cuchilla diamantina de un
[témpano.
Ya las sombras se ciernen, húmedas, en mi
[espalda,
se borra en la penumbra la extraña luz del
[hielo,
los ventosos murmullos que gemían se aca-
[llan,
sólo hay en torno un soplo y un estremeci-
[miento.

Pero es inútil esperar el aura,
inútil sacudir los puños yermos.
¿Cómo sabré mañana
que salió el sol si dentro
de mí una enorme y suspendida lágrima,
fija como una lámpara de hierro
y de cristal, apaga
con su rumor la música del sueño?



¿Cómo soñar entonces, alborada,
en ti, que eres desvelo
de mis ojos, nostalgia
nada más, voz sin cuerpo,
y percibir que como ayer me llaman
tus lumínicos signos nupciales en mi lecho?
No. Mi lecho está en sombra, mis almoha-
[das
se hunden cada vez más bajo mi peso.
Esta lágrima enorme no resbala,
huye de la mejilla y el pañuelo,
está dentro de mí, quieta, y empaña
el paisaje que alumbra el sol de nuevo.
Antes, el sol tejía una balada
en el arpa fluvial de mis cabellos,
y si un instante su armoniosa llama
cedía ante las sombras en acecho,
recuerda, corazón, tú eras la caja
de música y de luz que ardía en mi seno,
la caja de cerillas que guardaba
cada emoción fugaz como un destello.
Entonces, ¿qué importaban
el otoño y su tizne polvoriento;
qué una rosa inclinando su pantalla
sin luz sobre el mantel frío del huerto;

que la nieve dormida en la ventana,
su penacho pendiendo en el alero
como la luenga barba
de un fantasmal abuelo?
Como invencible poma subterránea,
ardías, corazón, fresco y eterno.
Hasta que una legión de sombras ávidas
se levantó una noche en mi aposento.
Aún resuenan sus voces; escuchadlas:
—Tan sólo mendigamos el pan nuestro.
Mendigar... ¿Qué palabra
se iguala a esta palabra que tiene largos
[dedos?
Tocad su piel, palpadla,
¡es dura y blanquecina como un hueso!
Es una mano suplicante y magra
que sube, viva, más allá del verbo.
No sólo aquella mano turbia, escuálida,
que emerge del andrajo con un gesto
monótono de estatua
condenada al umbral frío del templo;
la mano que en la fuente de las plazas
humedece su cántaro sediento;
la mano gris, amarillenta o parda,
lirio de musgo, tulipán de cieno,



que sólo abre en los muros y en las tapias
de los castillos y los cementerios.
Ni sólo aquella mano desgarrada
que ya no existe, que cayó hace tiempo,
dejando apenas un muñón que sangra,
un pájaro agitado por el viento.
También es otra mano, solitaria,
posada en un tonel rancio y bermejo,
caída en las riberas de la playa,
en una red, entre los peces muertos;
abierta en flor sobre una blanca página;
tendida, en cruz, hacia los puros cielos.
La mano que buscó como una garra
una raíz de lumbre al árbol negro;
la que cavó las sombras sin ganancia,
la que rasgó las minas del cerebro...
Nadie ofrendó a esas manos las migajas
de luz que mendigaron sin consuelo.
Y siguen siendo veladuras, máscaras
posadas sobre el rostro fatal que nunca
[vieron.

Seguimos siendo sombras al borde de la
[fragua
que nunca ha iluminado nuestros párpados
[ciegos.

Sí, somos esos cuencos vacíos, esas palmas
que nadie llenó nunca de frutos ni de
[besos.—
¿Nadie? Y me alcé en la sombra. Las som-
[bras sollozaban. . .
¡Tomad mi corazón! ¡Tomad mi aliento!. . .
Y una tras otra en lenta llamarada
sus mil cerillas desbordó mi pecho.
Una sola me basta
dije, y guardé una sola en mi aposento.
Pero una sola no caldeó mi estancia,
que se extinguió con el primer invierno.
Ahora desciendo, helada, las sombrías
[montañas;
desnuda, la neblina me envuelve como un
[peplo.
Desciendo desterrada,
desterrada del tiempo
en que dulces aldeas crecían en el alba
con altos palomares en torreones de incien-
[so,
del tiempo en que vivía dentro de una man-
[zana
escoltada por verdes regimientos de hele-
[chos;



huérfana ya del puente levadizo que alzaba
sus murallas enormes para guardar mi
[sueño.
Perdida entre los bosques, caída entre las
[zarzas,
sin corona y sin reino,
vengo a vivir la vida, vengo a hilar mi mor-
[taja;
preparadme la aguja, la madeja y el lienzo.
Vivir. . . mirar la sombra que se alumbra
[con lágrimas.
¡Ya no hay soles amigos que iluminen mi
[cuerpo!
Desciendo por los montes, errante y solita-
[ria.
¿Quién deshizo las crines de los blandos he-
[lechos?
¿Quién mordió las paredes de la roja man-
[zana
en que vivía llena de música y de incendio?
Las manos de la sombra, tenebrosas, des-
[garran
la caja de cenizas que aún latía en mi seno.
Y las negras cenizas se dispersan y vagan
con los copos azules al impulso del viento.

# ALADINO Y LA LAMPARA MARAVILLOSA

LAMPARA,
ya no alumbras la mesa,
está oscura la estancia;
por las paredes rondan las tinieblas.
Y la mano está inmóvil en la falda.
¿Por qué encender tu mecha?
¿Para qué si una ráfaga
cercenará su estrella?
Antes, cuando alumbrabas,
eras la primavera;
florecían las canas
de las viejas cabezas
entre las cofias mansas y rizadas

como entre un haz de yerba;
alzaban un sendero, una fragancia,
la arruga en el mantel, la fruta seca;
una gota de agua
cayendo de una copa era una perla,
y las blancas migajas
brillaban sin cesar como luciérnagas.
Temblando, las palabras
resbalaban en torno como gemas.
Conjugábanse rostros y manzanas
en encendida comunión de fiesta.
Crecían luces, ramas...
En un rincón, la rueca
pulsaba como un arpa
hilos de lana y de leyenda.
Ahora, como escarcha,
pende en vellón disperso la madeja;
cuelga como una zarza
lo que una vez fué blanca enredadera,
lo que una vez fué lúcida guirnalda
de hojas de lino y pétalos de seda.
Lámpara,
¿por qué no defendí tu luz primera;
por qué al encuentro de una luz extraña
descendí a la caverna?



¿Quién me ofreció una llama
mejor que la que ardía en mi vivienda?
¿Fué la voz de Aladino? ¿Fué mi alma?
La voz de un sueño cruel que aún me des-
[vela,
húmeda voz de alcoba subterránea,
de lecho irreal y de cojín de niebla.
Se que con ella descendí a la entraña
más íntima y oscura de la tierra;
descendí en la carroza imaginaria
de un caracol y sujeté sus riendas
de las que resbalaban una larva
flotante y una oruga polvorienta.
Un gusano de luz nos señalaba
la ruta con su pálida linterna.
El sol que iluminaba la ventana
de la casa ya hundida en la pradera
dejóla estar en la penumbra, y clara
sentí su despedida en mi cabeza;
sentí su mano silenciosa y cálida
posarse en mí como postrer ofrenda.
Entré después en la sombría estancia.
La voz me dijo: —¡Lánzate sin tregua!
Déjate ir con la tela de araña
que lanza hacia el abismo su guedeja.—

Por un puente lumínico de plata,
por blancos rieles de trenzadas hebras,
dulcemente caí sobre una lápida
en el húmedo fondo de la cueva.
Y allí sobre una piedra milenaria,
(¿era un cráneo glacial o era una piedra?)
ví aquella luz artificial que apaga
hoy, dentro de mi ser, la verdadera.
—Toma el candil —dijo la voz, y rauda
mi mano lo tomó. —Frota la cera
que su dorada superficie empaña
hasta que se desnude y resplandezca.—
¿Por qué mi mano obedeció? La malla
que aún abría a mis pies su rubia senda
se disolvió en la luz, e inesperada,
rasgando la pared de la caverna,
frente a mí, como insólita montaña,
levantóse una sombra gigantesca.
—Es el gigante que otra vez levanta
del polvo y el olvido su presencia—
dijo la voz con fuego. Y con nostalgia:
—Un día, ya sin nombre, fuí su dueña.—
Y yo absorta, y temblando, y con mis lá-
[grimas
regando aquella luz, le dije: Espera...



sólo veo las simas a mis plantas,
sólo veo la noche que se entrega,
la sombra que me dice: ¡soy tu esclava!
—¡Sí! —confirmó la sombra—. ¡Soy tu
[sierva!
¿Desde qué impulso sideral me llamas?
Espero sólo tu mandato. Ordena.—
Dióme la noche todas las alhajas
que en su náufrago cáliz reverberan,
y como aún, sonámbula,
rondaba mi alma en torno a su diadema,
abrió todas sus arcas
y me entregó las nubes, los planetas...
Fué un derramado cuerno de abundancia.
¿No supe agradecer tanta riqueza?
Un día sentí escasa
tanta fortuna por sentir la ausencia
de lo que aún, sin comprender, amaba...
Y sollocé de angustia y de miseria.
Acaricié la lámpara...
Alzó la noche un grito de tormenta.
Y le pedí a la noche la alborada.
Y rugió de amargura y de impotencia.
Le pedí un rayo de aquel sol que oreaba
el blanco muro en flor de mi vivienda,

aquel ardiente olor que la manzana
vertía por su cáscara bermeja,
aquella fresca y familiar fragancia
del leño y la resina en la pavesa,
y aquella luz antigua que sembraba
espigas en las cofias y en las trenzas.
—Tendrás que alzar las sienes de la
[almohada
de ilusión en que yace tu cabeza;
tendrás que huir del lecho en que divagas
y abrir los ojos—. Y me supe ciega.
—Sólo puedo ofrecerte por morada
un palacio de nieve que revela
recintos luminosos donde vagan
espectros de alegría y de tristeza—.
Pero, ¿no eres humana?,
le preguntó mi cándida sorpresa.
¿Sólo me has dado míseros fantasmas?
—Te he dado el sueño sin cesar, sin men-
[gua—.
El sueño no me basta.
¡Dame en cambio la vida, aunque me hiera!
—Tendrás que despertar... —Y desolada
grité a mi exangüe corazón: ¡despierta!...



Mas duerme y sueña aún... ¿Sin esperan-
[za?
¿Seguiré siempre desterrada, presa
en la dorada cárcel de la fábula?
¿Quién abrirá las puertas de mi celda?
¡Oh lámpara macabra
que iluminas el lecho donde muerta
mi alma teje la diáfana mortaja
de un sueño que no cesa;
a cambio de tus luces que me engañan
bríndame aquella, soterrada y cierta!
Y si ello no es posible, si en tu dádiva
ninguna vida cabe, que en tu ofrenda
venga la muerte viva que me falta
a cambio de esta lívida apariencia,
a cambio de esta máscara
de quietud que ni salva ni serena.
La muerte real y vívida, ¿no irradia
a la luz de la lámpara que sueña?
Sueño... ¿por qué tu muerte es una invá-
[lida
que no encamina el rumbo a mi osamenta,
ni atraviesa mi piel ni la desangra,
y deja en flor mi carne y mis arterias?
Es lo que te pregunta y lo que clama

mi corazón, sin logro y sin respuesta:
si muero de una muerte imaginaria,
¿por qué no de una muerte verdadera?
Si muerta estoy entre tus blancas alas,
¡deja que muera, al fin, sobre la tierra!



# EL ARBOL QUE CANTA, EL PAJARO QUE HABLA Y LA FUENTE DE ORO

Silencio ya. ¡Silencio,
que se ha dormido el niño!
Contar sabré, sin voz, mi último cuento;
después caerá la noche y yo en su abismo.
No seré ni una sombra junto al lecho,
ni el huevo de una almohada, fresco y tibio,
empollando las aves del misterio
y el pájaro del sol no detenido.
¡Ah, pero el cuento puro irá a su sueño
y se harán uno mismo!
¿Cómo empieza? ¡Ilumínate, recuerdo!
¡Vuélvete un claro amanecer de vidrio!
Alguien dijo que el tiempo

a medida que corre —¿quién lo dijo?—
en vez de oscurecerlo
derrama luz sobre el paisaje antiguo.
Y que toda esta bruma que sin serlo
empaña las pupilas, y este olvido
de un rostro amado, añejo,
es sólo una apariencia, un espejismo;
que cuando estamos lejos
del amor, más cercano lo sentimos.
Hermana es la distancia de lo inmenso
y es hermano lo inmenso de lo íntimo.
Así ha de ser, y el velo
que hoy cubre lo que está y no está perdido,
no es un encubrimiento,
es una forma de mirar... y miro.
Diré, entonces, apenas lo que siento
de aquella historia que contó un mendigo.
¿Quién la contó en mi infancia? ¿Fué un
[espectro?
¿A quién se la escuché como en un trino?
¿A un anciano, a un arcángel, a un sediento?
Quizá a mi corazón recién nacido.
Había un árbol claro y corpulento,
de honda raíz y grávidos racimos,
un árbol que cantaba cuando el cierzo



despertaba sus hojas de aluminio;
había un surtidor de oro y de fuego
y un pájaro que nunca tuvo nido
y hablaba dulcemente de sus vuelos
a Jauja, al Paraíso.
¿Quién no ansiaba aunque fuese un gajo
[tierno
de aquel árbol florido,
o una gota del agua o el destello
de una pluma del pájaro divino?
Buscando los tesoros, ascendieron
la cuesta, caminantes, peregrinos...
Yo los miré marchar... Hacia lo lejos,
hacia un monte selvático, infinito,
cuyas frondas verdeaban en el cielo,
ascendieron sus pasos en un ritmo
incesante de cántico y de trueno
que aún clama en derredor y en mis oídos.
¡Oh hermanos de mi ser, dulces viajeros,
para vosotros levanté en un lirio
y en un adiós, la mano y el pañuelo!
Decid si su perfume fué un alivio
Si en vuestro pecho escuálido y sangriento,
por tanta espina y aguijón herido,
mi aroma os dió calor y os dió consuelo;

si en vuestra llaga penetró su filtro
como en redondo cáliz entreabierto,
ávido y encendido.
En el monte lejano, ¿qué secreto
yacía virginal, puro, escondido?
¿Qué perseguía el corazón subiendo
sin cesar: una aurora o un destino?
¿El agua luminosa y el acento
de un árbol y la plática de un mirlo?
No eran las hojas de oro ni el espejo
sonoro de la fuente ni el sonido
del ave sin adiós y sin alero,
lo que llamaba al corazón vacío.
Sólo era la ilusión, sólo el ensueño,
y su promesa de afirmar en vivo
y humano resplandor su fuego interno
¡La realidad y el sueño confundidos!
A uno dijo el amor: —Yo te prometo
ser sangre y piel—, y la verdad le dijo
a otro que sollozaba en el misterio:
—En la ascensión indómita me afirmo—.
Todo lo que atesora nuestro pecho
de luz, de paz, de gracia y regocijo
encarnaba su espíritu en un cuerpo
en la cumbre sin lecho y sin abrigo.



Y a todos ví subir. . . ¡Todos volvieron!
En mitad del camino
sintieron voces del ayer, lamentos
remotos y alaridos;
y tornaron los ojos, y en un eco
correspondieron al inmenso grito.
Flotaba, pertinaz, frente al tormento,
el musgo acogedor de lo vivido.
—¡No abandones lo claro por lo incierto!
¡Vuelve al ayer, sangrante peregrino!—
gritaba, entre las sombras, el recuerdo,
y la nostalgia y el dolor consigo.
Se alzó en torno la cumbre, y hubo miedo
de proseguir, y lágrima y suspiro.
Retornaron los pasos. . . A lo lejos
el monte huraño levantó su pico
de frondas como un pájaro agorero,
hacia el cielo, y maldijo:
—¡En piedra melancólica os convierto!—
Los hombres sollozaron su castigo
y alzaron sus muñones macilentos
coronados de sangre y de rocío
—No bastan las heridas si el esfuerzo
no ha surcado mis bóvedas, cumplido,
Ni un fruto, ni una pluma, ni el destello

del agua en que me enciendo e ilumino
puedo brindar a quien violó su anhelo.
¡Sólo la inerte soledad les brindo!—
Y en oscuro guijarro polvoriento
el corazón del hombre, junto al mío
se tendió, sordo, ciego,
sin impulso y marchito.
¿También mi corazón recién abierto
sería infiel a su íntimo latido?
¿Desandaría, trémulo,
el camino emprendido?
Subí la cuesta sin temor. Del cieno
se levantaba un raudo torbellino
de voces que clamaban sin concierto
por mi hombro desgarrado y fugitivo.
Alguien gritó mi nombre desde un tiempo
que ya era rosa en manos del olvido.
Pero seguí subiendo
al sol y a lo infinito.
Porque subía a un despertar eterno,
sin nombre y sin historia, bajo un signo.
Y en un bosque metálico y risueño,
en un cáliz enorme y sensitivo
penetré sin saber, como un insecto,
y mi ala irguióse sobre el gran pistilo.



Bajo mi carne, el pólen gigantesco
derramaba su cántico amarillo.
Mi riente corazón estaba preso
en un enorme y pálido jacinto.
Los muros de mi cárcel, ¿no eran pétalos
radiantes que rodeaban con sus hilos
el dilatado y encantado huerto
que dentro de la flor, como un ovillo,
ligaba juncos diáfanos y helechos
en apretado y húmedo macizo?
Sobre aquel campo en floración e inmenso,
se alzaba, gorjeador, en su equilibrio
frutal, temblando bajo el dulce peso
de las vidriadas ramas y el racimo,
el árbol que cantaba cuando el cierzo
despertaba sus hojas de aluminio;
y centelleaba el surtidor de fuego,
y el pájaro divino
entre el agua y el árbol, y en el viento
como en alado y transparente nido,
hablaba de sus vuelos. . .
Yo le escuchaba, absorta, entre los mirtos.
Entre mis manos, los capullos tiernos
ondeaban lentamente como rizos.
Mis párpados sedientos

vieron el pozo plácido y tranquilo
y en torno a él, en lúcido arabesco,
en cornucopia de incesante brillo,
rayos de sol que orlaban el espejo
como haz intenso y estival de trigo.
Y allí quedaron largo tiempo inmersos
bebiendo a sorbos resplandores tibios,
y cuando, al fin, despiertos,
miraron cielo y tierra, pensativos,
lloraron de alegría, y en un cuenco
de amor volqué mi hallazgo como un río.
¡Oh lágrimas de asombro y de contento!
Ante mi ser, como ante el pozo limpio,
ví levantarse, como al sol, mi sueño. . .
¿Por qué no lo realizo
desde que en mí te llevo
ronda infantil que en rumoroso anillo
teje su canto en encondido huerto
del que apenas, en sombras, participo,
por un perfume que me trae el viento,
perfume de inocente paraíso?
¿Por qué sólo te aspiro y te presiento
flor enredada en virginal retiro?
¿Por qué te das a mi fatal desierto
sólo como un inválido espejismo?



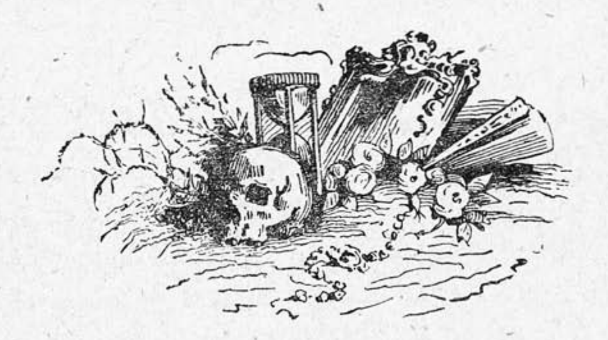
Todo lo que soñaba en aquel tiempo:
la luz, la paz, la gracia, el regocijo
se hizo verdad cuando crucé el sendero
final del monte. . . Mas, ¿por qué no arribo
hoy a su cumbre florecida y vuelvo
al llano insomne por voraz camino?
¿Por qué entre zarzas lívidas me pierdo?
¿Por qué no estás conmigo?
¿Será porque no tengo
cerca tu rostro fantasmal que ansío?
¿Será porque está lejos
de mi mano tu pálido jacinto?
La caricia tenaz abre mis dedos
en desolado y húmedo abanico,
y el tenso varillaje de mi hueso
se desgarra en inútiles añicos.
¡Sólo la fuente de mi llanto albergo!
¡Sólo su árbol lumínico!
Sólo una ausencia, pájaro sediento
cavando en mi alma con ansioso pico.
Nada más. . . Nada tengo.
Nada, nada te pido,
presencia que abandonas a mi sueño
¡y sólo a él!, tu cándido delirio.
Siento que tu cabeza en blando gesto

penetra en mi ilusión como en un nicho.
Y sueño sin cesar que me desvelo
junto a tu almohada angelical de armiño,
y a que su amparo inagotable vierto
la voz de Barba Azul o de Aladino.
Sí, todo lo conté frente a tu lecho
irreal, que jamás palpo ni acaricio:
cada historia de amor y cada cuento...
No sé si me has oído.
Quizá un día feliz, cuando haya muerto
mi corazón lo encuentres al descuido...
Hojeando ajados libros polvorientos,
te encontrarás conmigo.
¡Oh qué inefable y singular encuentro!
Ya no podré ofrendarte mi corpiño.
Sólo, sólo mi espectro
avanzará, cantando, a tu recinto.
Mientras, ahora, que no estás, que velo
junto a tí, como un cirio,
duerme tu dulce y encantado sueño,
duérmelo sin temor... ¡Te guarda el mío!
¿Sueña también tu corazón viajero
con solitarios montes infinitos?
Duerme, te vela un corazón suspenso;
duerme, te guarda un corazón amigo.



¿Qué importa que no suba a tu aposento?
No estás, no estás, y sin cesar repito:
¡Silencio ya, silencio,
que se ha dormido el niño!
¡Callad, oscura tempestad de invierno,
hojas cayendo en el otoño, estío!
Deténgase en la tierra mi lamento,
la cigarra en el aire y su zumbido...
¡Arbol, ave, arroyuelo,
cantad en torno a su ámbito dormido!

# PAISAJE AL FONDO DE UN ESPEJO



ESTABA exhausta del paisaje eterno:
el mar, una cigarra, una columna,
yo, asomada a las aguas del espejo.
(La cornucopia era una crencha rubia).
Mirándome la frente y el pañuelo
en ascensión a las pupilas húmedas
por la trémula escala de los dedos;
mirándome en la luna,
en el claro de luna del espejo.
A su charco avancé, clara y desnuda.
Alrededor hallé el paisaje eterno:
el mar, una cigarra, una columna...
Oí la voz del mar en el silencio;
la voz de la cigarra en la penumbra;

enlacé la columna con mi cuerpo
y al fondo del espejo vi una ruta,
los árboles y el cielo.
Era un jardín no visitado nunca.
Ví estatuas maceradas cuyos senos
caían a la yerba como frutas,
ví fugaces destellos
de fuentes moribundas,
y una flor columpiada por el viento
volaba en el cristal ajada y mustia.
Oí la voz del mar en el silencio:
El jardín se derrumba...
Se amarán las estatuas, los espectros
de mármol que se ocultan
a la sombra de un pino o en el denso
caracol de una gruta.
Se amarán las estatuas y sus besos
serán huecos sonidos en la tumba
de sus cuerpos sin vida, de los miembros
que en lápida marmórea los sepultan.
Caerá el amor sobre la piedra, muerto.—
Y me habló la cigarra en la penumbra:
—La salvación es el viviente gesto
que se alza de tu ser como una lluvia.
¡Riegue tu surtidor el campo yermo!



El jardín se derrumba...
Te preparan las hojas blando lecho.
¡Abandona la rígida columna!
Cruza el radiante y virginal sendero,
toca la misteriosa cerradura.—
Me encaminé al espejo,
llamé a las puertas de cristal; rotunda
pronuncié mi palabra de consuelo.
El mar sonó a lo lejos... más ninguna
voz respondió a mi acento.
Volví a tocar... llamé al amor de nuevo;
pero las puertas continuaron mudas.
Ni resonancia ni eco
callaron mi pregunta.
Y llamé largo tiempo...
Y me enlacé al espejo con angustia.
Hubo tormento
y lucha
hasta que un brusco y singular estruendo
llenó la mansa alcoba de iracundia.
Ví descender, agónico, el espejo
y le tendí mis dedos como brújula.
Pero el naufragio se cumplió. Fragmentos
de paisaje clavados en mis uñas
miré y aún miro en el temblor sangriento

de mis manos convulsas:
un hilo de agua, un pedestal desierto
en que una estatua levantó su espuma,
y una flor azotada por el viento
que en una arista de cristal se mustia.
Mientras el mar suspira en el silencio
y llora la cigarra en la penumbra.



## LA MARIPOSA DISECADA

ERAS en el jardín, sobre los ramos,
ensueño real que aprisionara un niño
en un cesto de mimbre que su mano
agitaba por sendas y macizos.
Hoy eres cromo rígido del campo,
un paisaje minúsculo en un nicho.
Ataúd de cristal vela tus párpados
—oro y azul— dormidos.
Los lirios están lejos, y los pájaros.
Las mariposas viven en los lirios.
Mueven el ala pura en el espacio
como en un dedo pálido un anillo.
Y tú estás sola, inmóvil, en un marco,
como el retrato de un velero antiguo.
Alas de sol. Antenas de amaranto.
Rosa caída en aluvión marchito.

La red del hombre vió cómo tu raudo
corazón se embriagaba en un pistilo
y te clavó, con estilete amargo,
en la cana de un viejo pergamino.
Angel de terciopelo, castigado
a la pared, a la quietud, al vidrio.



# EL MANIQUI

CONTARIAS la historia de tus trajes
si alguien te oyera en el taller vacío,
pero tu acento no recoge nadie
y ecos tan sólo suben a tu exilio,
ecos que suben de la inmensa tarde
abierta en espiral como un oído
en que flota la voz como un paisaje:
ríe su chispa de color un niño,
alza un pregón su lámina vibrante
y su candela, en surtidor, un grito.
Sólo yo te contemplo y quiero hablarte,
aspiro tu silencio y te acaricio.
Se contorsiona tu pezón de alambre,
acaso tengas frío
porque el pájaro azul de los volantes
que en tí habitó como en un nido

se alejó, como ráfaga, en el aire,
hacia el alero de un corpiño.
Gajos de terciopelo como naipes
en abanico abierto sobre el piso
dicen tu porvenir: seda y encaje,
cofia de luto, guantes amarillos. . .
Pero ni lazo quedará ni guante
en tu peluca de gastados rizos
o en tu mano de cera en que la sangre
extinguió su rubor y su latido.
Todo caerá de tí como el esmalte
de un medallón antiguo.
En desnuda orfandad, como un cadáver,
miras las formas que en el mundo vivo
invitan con las pomas de la carne
en un inmenso y corporal racimo.
Tienen un sueño singular tus ojos,
sueño manso y fluvial como un anillo
derramando su luz en gotas de oro.
Tus ojos sin pestañas se abren, vivos.
Plantas y nubes han subido en torno
a tu esqueleto de aserrín y vidrio;
velo nupcial, un loto
ciñe tu rubio cabezal marchito;
bajo el paraguas vegetal de un hongo



sientes caer la lluvia y el granizo;
palomas, en las ráfagas, los copos
conducen una brizna de rocío.
Tu sueño es como selva en el otoño.
¡Ah, selva y sueño ruedan al abismo!
Tintas en humo y polvo
manchas humanas pueblan el recinto.
Las tijeras, radiantes de alborozo,
ríen, alzando el diente de su filo.
Te acicalan, despiertas al insomnio;
quieres llamar, no encuentras el sonido. . .
Ciegos, mudos y sordos
giran el raso, el lino. . .
No, no puedes huir; sobre tus hombros
han afincado una prisión de armiño.

NUNCA amaste los pájaros. Es cierto.
Ni a los niños que huyeron de tu sombra
¡crucifijo del hombre contra el cielo!
Se deshizo la ronda
en el jardín; volaron los insectos;
después, las mariposas...
Sólo quedó, en la soledad, tu espectro,
y un niño sólo en la pradera sola,
inválido y sediento.
Lejos de tí, volaron las palomas,
y la ronda infantil en otro huerto
levantó sus columpios, sus coronas...
Sólo permanecieron los almendros
abriendo sus corolas
glaciales como témpanos.
¡No podían volar! Y las bellotas,

los manzanos en flor y el limonero.
Pasaban, fugitivas, las alondras.
¡Pudiste detenerlas en su vuelo!
Pasaron golondrinas y gaviotas,
y mirlos y jilgueros,
y enamoradas tórtolas...
Y maduró tu fruto en el silencio;
en el silencio, sonrosadas pomas,
labios mudos, se abrieron.
Pero hoy el viento sacudió las hojas,
dispersó las semillas y los pétalos
y el pezón de los árboles se agota
en exhausto racimo amarillento.
¡No veles ya! Se marchitó la fronda.
¡Despídete del cerco!
En una alegre emanación sonora,
la infancia, en ronda florecida, ha vuelto.
Los pájaros celebran su victoria
picoteando tus restos:
tu pecho de aserrín, tu sien de estopa,
la hilacha sin color de tus cabellos.
Te sostiene una estaca melancólica
como al retrato de un payaso muerto.
¡Oh trágica derrota;
oh racimo de harapos verdinegros;



oh maniquí del campo que sollozas
mirando el alto nido y el alero,
hermano del fantasma, de la escoba,
del ciprés y del cuervo!
Hermano mío... ¡llora!
Llora conmigo sobre el campo yermo.
Y aprende a amar los pájaros... ¡Que te
[oigan
cantar los niños y te escuche el viento!
Como un ángel caído al que perdona
la mano celestial, sube hasta el cielo.
¡Que se levante un ala milagrosa
en cada uno de tus hombros, quiero!
¡Que emprendas en tu muerte, que es tu
[aurora,
el viaje azul al paraíso eterno
en donde un niño solitario toma
gajos de luz que no consume el tiempo
a un árbol sin otoño y sin carcoma!
El niño aquél, inválido y sediento.

# TELA DE ARAÑA. (BALLET)

¡OH bailarina del desván, comienza!
La música del viento toca el arpa
carcomida y sin cuerdas.
Descorre el polvo su cortina opaca;
se encienden las luciérnagas.
¡Oh bailarina del desván! Ya danzas...
Desde el palco de un cofre te contemplan
atónitas pupilas de esmeralda.
En el caos, la herrumbre y la tiniebla
subes, ¡oh danzarina!, con la ráfaga
del aire de la noche; eres la estrella
de graneros y criptas subterráneas.
Ahora te miro, lúcida y ligera,
frente a mi corazón, como una lámpara.
Saltas, danzando, con tu malla negra
sembrando con tu paso una luz blanca

que permanece inmóvil, una estela
húmeda y vertical como una lágrima;
y en el raro columpio de tus hebras
¡mínima equilibrista en red de plata!
con tu sombrilla: mosca, pirueteas.
Cruzas, en espiral, paredes rancias
iluminando pátinas añejas.
Pero has perdido un escalón, resbalas...
Mi mano se levanta, ávida, abierta.
Danzas en ella el aire de una flauta
que un grillo toca entre las hojas secas.



## HOJA SECA

TU mínima mortaja puede cubrir mi
[rostro
cuando muera;
tu mínima mortaja movida por el soplo
de la brisa, hoja seca.
Toda la sangre humana, todo el amor y el
[odio
caben en la columna vertebral que atraviesa
tu leve cuerpo dócil que hoy vaga sin re-
[poso;
toda la sangre humana y el dolor, hoja seca.
Porque todo se vuelve nubecilla de polvo
después de haber salvado la carne y la osa-
[menta.
Así, cuando mi rostro, que hoy es ávido in-
[somnio,

se libere del cráneo que en su máscara en-
[cierra,
y entregue al aire el cáliz de su último des-
[pojo
y se expanda en delgada voluta polvorienta,
llueve sobre mi ausencia con el último otoño
que humedezca mis pardas cenizas en la
[tierra;
ven a mí, en la caída vesperal y el sollozo
de las últimas lluvias que inunden mi cor-
[teza.
Desciende de aquel tilo familiar, de aquel
[olmo
en que dejó mi mano, mortal, profunda
[huella.
Cuando de mis mejillas fugaces y mis ojos
quede apenas la franja de lo humano y la
[estela
de un gesto, de una risa, de una mano, de
[un torso
febril, de una cabeza;
cuando sólo perdure la orilla de un
[escombro
y un nombre entrando al reino frutal de la
[leyenda,



permite que mi sombra duerma el sueño
[más hondo,
ese sueño que en auras inefables despierta,
bajo tu blanda toca tutelar o tu embozo
vegetal, hoja seca.
¡Qué grande hoy mi presencia, frente a tí,
[a quien invoco!
Mañana, bajo tu alda virginal, ¡qué
[pequeña!

# EL CUERVO

*A Edgar Allan Poe.*

SOLO quedan, roídos, los peldaños
de una escalera en sombras;
una percha que incita con los garfios
de dos cuernos agudos, y unas ropas
sobadas por el tiempo y el espacio
y ausentes de calor y de memoria;
sólo un tapiz de raso
con manchas de oro y un sillón con borlas;
un abanico abierto, y un retrato
erguido, solitario, en una cónsola
un espejo que es agua de los años
con amorcillos en la cornucopia.
¡Ah, ya lo ves! Y mis dormidos pasos

que suben, sin querer, mientras azota
el viento en los cristales como un pájaro
con las húmedas alas en zozobra.
¡Ah, ya lo ves! ¿Acaso
soy el espectro errante de Leonora?
De mi cuerpo, caído campanario
se alejaron las últimas palomas.
Hoy sólo anida un cuervo en mi regazo
como en una cornisa melancólica.



# LA ISLA MISTERIOSA

*A Julio Verne.*

RODARON los juguetes
como despojos en la alfombra,
y la niña ha tomado, dulcemente,
un libro monacal con tapas rojas.
Lo abre como un estuche en que durmiese
el párpado radiante de una joya.
Fuera, muere en los árboles el verde.
La noche enluta como un sol de sombra.
Sólo la niña es un color reciente
de manzana caída que arrebola
y enciende
el cesto blanco de su alcoba.
Nada persiste, nada permanece;
sólo una pátina barroca
y el bucle de la niña que florece

en una planta ávida corola
al calor de una lámpara, en el césped
del mullido cojín en que reposa.
Mira la niña un espiral de nieve,
montes azules y escarpadas rocas,
un globo irreal que asciende
hacia las nubes y retorna,
y más allá, en las aguas, entre peces
plateados y gaviotas,
ve surgir la carátula celeste
de aquella tierra intacta y misteriosa.
Como una espiga solitaria yergue
su dorada cabeza entre las olas
y sube al fin, entre las mansas mieses
del mar, a la isla ingrávida y remota.
Cuando la áurea visión desaparece
y el risueño relato la abandona,
descubre en torno la orfandad, e inerte
piensa, medita sin cesar, solloza...
Aún palpita una voz entre sus sienes:
aquel ensueño en musical memoria,
agua que canta en su regazo y vierte
una incesante vibración sonora.
¡Oh subterránea y rumorosa fuente,
la niña se hunde, trémula, en tus ondas!



Pero aún, amenazándola, se ciernen
sobre su ensueño, resplandor y forma.
La niña apaga el sol que orló su frente
y sólo la tiniebla es su corona.
¿Por qué huye de su cándido relieve?
Ansía estar enteramente a solas
para seguir soñando eternamente.
Correrá las cortinas en la aurora
para que su aguijón no la despierte
individual, impúdica, corpórea.
La encendida manzana se convierte,
la niña solitaria se transforma,
sobre la tierra parda que anochece,
en una mancha fantasmal y arbórea.
Ya su rizo infantil no resplandece
en la penumbra, ni el cojín aflora
como la yerba, ni el color silvestre
surge, pleno y vivaz, como una poma.
Todo, en la oscuridad, se desvanece:
cabello, cinta vegetal y aureola.
Una oscura raíz entre los pliegues
ondeantes de la noche se incorpora,
crispada, vuelta sobre sí, y se tiende
en el musgo apacible de la alfombra.
La noche se alza como un árbol, crece;

yace la niña en su raíz absorta.
Fuera, muere en los árboles el verde;
y dentro una presencia se deshoja
mientras se enlaza al sueño y se entreteje
a su enramada alígera, ilusoria.
La niña, que hunde su presencia, pierde,
para ganar su entraña, su amapola.
Resbala el libro de su mano y hiere
con su sangrienta soledad la sombra.
La niña fluye, alada, y se desprende
de su corteza pálida, y desborda
su piel, y a cada instante más ausente
se la encuentra y más honda.
Mas ya no es la raíz que se estremece...
Sólo invisible, inagotable aroma.



# INDICE

*LA VARA MAGICA*

Págs.

Génesis .............................. 11
La Bella Durmiente del Bosque ......... 17
Caperucita Roja ....................... 23
Blanca-Nieve .......................... 31
La Cenicienta ......................... 41
Las Dos Hermanas ...................... 51
Barba-Azul ............................ 61
Piel de Asno .......................... 73
La Vendedora de Cerillas .............. 83
Aladino y la Lámpara Maravillosa ...... 93
El árbol que canta, el pájaro que habla y la fuente de oro .................... 103

*PAISAJE AL FONDO DE UN ESPEJO*

Pág.

Paisaje al fondo de un espejo ........... 117
La mariposa disecada ................ 123
El maniquí ......................... 127
El espantapájaros .................... 133
Tela de araña. (Ballet) ............... 139
Hoja seca .......................... 143
El cuervo .......................... 149
La isla misteriosa .................... 153